

**EIVISSA**

**RE-VUELO**

**79**

AUTOR: ÁNGEL DEL HIERRO YUBERO

## AGRADECIMIENTOS

**E**n primer lugar agradecer de forma muy especial a mi esposa Amparo, por su gran ayuda mecanografiando este libro, así como por sus valiosos consejos emitidos cuando repetidas veces ha leído cada capítulo, fruto de su femenina intuición que mezclada con derroche de ánimos han sido factores determinantes para la conclusión de esta obra.

También reconocer la histórica labor de Alfonso Núñez, mi buen amigo, que gracias a su prodigiosa memoria ha servido de refresco a la mía, la cual estaba un tanto aletargada y enmohecida en recordar con precisión algunos acontecimientos ocurridos hace algo más de dos décadas. Sirviendome de inestimable hemeroteca para desenmarañar con cierto orden cronológico los recuerdos sobre los que giran los siguientes capítulos vividos por nosotros en el año 1979.

Me gustaría mandar un saludo a los compañeros que integrábamos aquel viaje, que después de aquellos estivales días algunos nos desperdigamos por distintas sendas de la vida y muchos de nosotros no volvimos a encontrarnos.

Si te encuentras en este párrafo, amigo lector, sin intentar batir récord olímpico en el lanzamiento de volumen novel (entiendase nuevo) contra papelera fija, es realmente loable tu tolerancia por lo que te agradezco tu segura paciencia leyendo este ejemplar, advirtiendote que se trata de mi primera publicación, es decir mi “novato seller” y tanto mi estilo y gramática necesiten cantidades industriales de fino pulimento literario.

En realidad no me considero un escritor, en el rancio y académico sentido de la palabra, sino más bien un curioso empedernido del mundo que intenta transmitir de la mejor forma que puedo anécdotas del pasado por el simple placer de escribir.

# INTRODUCCIÓN

**Q**uiero lector, adquirente de este libro que en estos momentos estas leyendo, en el cual estas invirtiendo algún dinerillo, tu atención, tu tiempo y dos de tus sentidos más preciados: el tacto y la vista, ten en cuenta que mi objetivo en esta publicación era tan sólo relatar un cúmulo de acontecimientos sucedidos en el inicio del verano de 1979 por un variopinto grupo de adolescentes (en el cual yo me incluía) en un típico viaje de fin de curso, y seguidamente distribuir las anécdotas escritas entre los componentes del mismo.

Sí no fuiste agraciado como miembro numerario de aquel juvenil evento, espero al menos que la lectura de las siguientes páginas te diviertan y entretengan, pues en los párrafos de las mismas no intento ocultar trasfondo ético ni moralina trasfigurada alguna que dificulten el pasar un buen rato sin más.

Días después de tan insigne desplazamiento quinceañeril, comencé con buen ánimo emborronando algunas páginas y tan solo después de poco más de una docena quedó frustrada y en largo letargo por casi dos décadas mi precoz intentona de escritor. Fue en Septiembre de 1997 cuando realizando una mudanza de mi despacho aparecieron trasapelados aquellos iniciales folios manuscritos. Decidí en un momento de arrojo y valentía finalizar la labor esbozada aquellos años atrás.

Otro factor que facilitó reanudar la escritura, fue el hecho de que por entonces vivíamos en una casa de campo en el monte ó “alto” como suelen llamarlo los lugareños del pueblo de Godelleta, una pequeña localidad a escasos cuarenta kilómetros hacia el interior de la ciudad de

Valencia.

La dureza del invierno, que incluso llegó a nevar, inaudito en esas latitudes y el reconfortante amor de una chispeante chimenea de leña en el interior del salón creaba un entorno adecuado para el menester literario, brotando la inspiración tantos años olvidada, sentir la necesidad urgente de empuñar un bolígrafo y vaciar su orgullosa savia azul sobre inmaculadas y doncellas hojas blancas.

Amigo lector, si acaso, con la lectura de los siguientes capítulos consigues regresar a tu adolescencia, a esas ganas increíbles de vivir y siguen reverberando en tu actitud durante algunos días me sentiré especialmente satisfecho. Si por una casualidad deambulas en esas edades, te felicito desde una óptica veinte años desde el futuro y te reto a que no pierdas la perspectiva positiva que ahora posees. Para mí el escribir estas páginas han sido una verdadera inyección de optimismo y un agradable baño de frescura en mi vida.

También, si fuiste pasajero afortunado de aquel insigne viaje que ahora te animo a revivir, si por cualquier motivo lo relatado difiere sobremanera de tus propios recuerdos, con seguridad tú eres quien tiene razón. Sí te consideras de alguna manera ofendido, te pido perdón y bajo ninguna circunstancia fue esa mi intención.

Si en el navegar de la lectura encallas en los fondos arenosos del lenguaje un tanto rebuscado, con extraños juegos de palabras, con posibles, intencionados y seguros dos dobles sentidos, es fiel reflejo de la forma habitual de entablar conversaciones entre Alfonso y servidor, siempre ávidos de buscarle tres pies a la semántica y un adjetivo jocoso a un sibilino felino.

Quisiera recordar a compañeros de las anécdotas que voy a relatarte, algunos de los cuales, desgraciadamente no podrán leer este

volumen, pues nos abandonaron del viaje de la vida hace algunos años.

Y por último, quiero retarte a que olvides por unos momentos los problemas cotidianos, recuperes la inocencia de la adolescencia y afrontes el paso por este mundo con una actitud joven, independientemente de que tu malvado DNI, confabulado con algunos nacarados cabellos y algunas pequeñas grietas epidérmicas, delaten tu edad cronológica. Como dijo en una ocasión un gran autor: "El envejecer es inevitable, pero el sentirse viejo depende de nosotros".

Espero que te tomes la vida como una apasionante aventura divertida y bastante arriesgada, tanto que no se sale vivo de ella. Al vencimiento de cada jornada, el impasible banquero del destino arranca un talón de nuestra chequera a crédito de este mundo. Lo peor de ello es que no admite negociación posible y nunca sabemos el saldo restante.

Por lo tanto disfrutemos de cada uno de los momentos del presente, pues son los únicos de los que realmente disponemos.

EL AUTOR

**CAPITULO PRIMERO:  
EL DES-PEGUE**

Sábado 23 de junio, era temprano, el ambiente estaba saturado del húmedo frescor artificial producido por los empleados del Ayuntamiento en su cotidiano regado callejero.

Tal era el exceso de celo impreso en su oficio y la brutal presión del agua lanzada por sus mangueras, que cualquier enser , vehículo, peatón despistado u animal doméstico inmerso en agarrotadas flexiones presto a defecar, terminaban sin distinción duchados gratuitamente a cargo de las generosas arcas municipales. Limpia, extraña, y nefasta argucia electoral en mi opinión, para incrementar votos.

Yo me encontraba fuera del alcance de sus mangueras convenientemente parapetado tras los vidrios en el portal de mi casa en la calle Padre Santonja en Mislata , pueblo colindante a Valencia.

Una vez la horda hidráulica desaparecía girando y mojando (como no) la esquina, atenuándose las constantes discusiones balompedísticas mantenidas por los baldeadores sobre la jornada de la liga , pasado el peligro salí de mi escondrijo accediendo a la acera, sorteando los charcos de los grises baldosines de cemento.

Una cálida bocanada de delicioso aroma de pan recién horneado escapaba de un establecimiento contiguo, reconfortó con agradecimiento mi sentido olfativo pese haber dado buena cuenta del copioso desayuno servido en mi casa escasos momentos antes.

El cielo estaba completamente despejado y el Sol comenzaba a escalar las fachadas de los edificios próximos, en definitiva el inicio del día no parecía diferente de los que nos estaba acostumbrando en su

recta final Junio, pero sabía en lo más profundo de mi ser que acontecía una jornada algo especial, no en cuanto a características meteorológicas, sino en cuanto a su contenido, que sin duda marcaría nuestras vidas a partir de las próximas horas.

Se deslizaba la Avenida Gregorio Gea bajo mis pies, me apresuraba cargando una llamativa maleta roja, que a pesar de su discreto tamaño y de contener tan sólo "lo necesario", según palabras textuales de mi precavida madre, para que su adolescente retoño dispusiese del equipamiento básico de supervivencia semanal allende del nido, aún así pensé que acarreaba plomo.

Atrás quedaban las rigurosas advertencias inferidas a mi persona por los cautos miembros de mi familia ante lo que sería mi primer desplazamiento lejos del control paterno, ambiguas frases resonaban en mi cabeza, tales como: ..A ver lo que haces...., Ten cuidado adonde vas..., ....Ojo con las malas compañías....., etc...

Por fin, y no sin antes dejar tras mis pasos un reguero de sudor, me detuve ante un portal en una calle al final de la mencionada avenida, donde pulsé un timbre muy familiar, que enarbolaba la etiqueta Núñez-Borja.

Recuperaba el resuello perdido al portear la infernal maleta, y durante los breves segundos en el ínterin de la espera consulté mi reloj, marcando sus manecillas las ocho y cuarenta y cinco de la mañana. La puerta se abrió y por el hueco de la escalera una potente y grave voz conocida reverberaba por las paredes:

----¡ YAAAaaaaa BAaaaajooo.... !

Supuse que ese instantáneo " Ya" sería tan solo un puro formalismo, pues pasarían con toda seguridad más de diez minutos para conjugar físicamente la tercera persona del verbo bajar.



Agotada la prevista década minuterá, el esperado compañero hizo una apoteósica aparición.

--- ¡ Hola !. - Saludo Alfonso mientras bajaba lánguido, sereno y parsimonial los últimos peldaños del zaguán.

Correspondí al tetraétrico saludo y le anime a darse prisa, pues no me hubiese gustado nada que el infalible retraso característico del buen servicio de las líneas de autobuses, agravado por la tranquilidad típica del recién llegado terminara con mi primer viaje en avión en agua de borrajas.

--- ¡ Tranquilo Ángel .... Hay tiempo de sobra ! musitó con singular paciencia.

Sin duda Alfonso demostraba gran confianza en la regularidad del transporte urbano ó quizá , estaba seguro que detentábamos una resistencia física atlética para recorrer los escasos quince kilómetros que distaban hasta el aeropuerto de Manises , maletas en ristre en menos de treinta minutos, como alternativa al previsible retraso del bus, plusmarca digna de inclusión en una nueva disciplina olímpica.

Su aparente aspecto de tipo serio y frío, su incipiente y en ocasiones profusa barba y sus gafas oscurecibles por la luz, le daban una apariencia superior a sus y mis dieciséis años. Esta imagen de estricta formalidad era tan solo la fachada de un ser hilarantemente superdotado de contagiosa imaginación para hacer reír, aflorando originales chistes de las cosas más normales y cotidianas que pueden acontecer a cualquier mortal, por ejemplo:

..... Un orgulloso gato que al cruzarse ante nosotros se asusta como si en ello le fuera su séptima vida y salta cual misil, mientras en el aire separa las extremidades cual trapecista circense sin red, ó

... Un desafortunado encuentro en una angosta escalera con un enjuto vecino que subía cargado a duras penas con dos voluminosos maniqués, mientras nuestro personaje bajaba al trote gorrinero los peldaños derrapando en los rellanos, con la consiguiente colisión y desparrame de miembros plásticos, produciendo un espectáculo dantesco: brazos por aquí, las cabezas por allá , una pierna cae tres pisos por el deslunado....

Nuestro atuendo curiosamente era muy similar: Alfonso hacia gala de un veraniego suéter de manga corta, color beige y cuello de pico ribeteado en azul marino a juego con el borde de las mangas. El look se complementaba con unos vaqueros azules ó "blue jeans", si se les quiere denominar por el anglicismo (ó americanismo) original, él cual no denotaba una gran pérdida del "blue", por lo que deduje sin mucho esfuerzo cerebral que al igual que el resto de prendas que lucíamos (incluso calzoncillos ) eran de reciente adquisición para tan señalado desplazamiento.

Tan parecido era nuestro vestuario que cualquier transeúnte hubiese pensado sin lugar a dudas que se trataba de dos hermanos que acababan de escaparse de casa. La única diferencia notable en cuanto a indumentaria eran las maletas, Alfonso asía un espécimen de diseño moderno pero con un marrón más tradicional, en contraste de mi valija más llamativa de tono, qué elegí pensando que el rojizo color me ayudaría a diferenciarla de las de los demás en la recogida de equipajes en el aeropuerto, más tal supuesto como después se leerá fue erróneo totalmente.

Muy pronto llegamos a la parada gracias a nuestro retomado entusiasmo y a dos características topográficas muy significativas: los escasos cincuenta metros de que distaba del domicilio del compañero y la acusada pendiente en descenso durante el trayecto, todo ello matizado

por la insistente atracción de la gravedad por hacer suyos nuestros equipajes.

Jadeantes pero orgullosos de tal proeza a la vez miramos el reloj: Eran las nueve de la mañana, y habíamos quedado una hora después con el resto del grupo en el Aeropuerto.

"Desesperé" otros diez minutos hasta la llegada del BUS, no obstante me sorprendió la rapidez teniendo en cuenta de que era Sábado . Me pareció que el buen tiempo y la inusual presteza del servicio público estaban siendo por fin un buen augurio.

Una vez en el interior del autobús y en movimiento, comencé el obligado baile ritual acrobático de sacar el dinero del bolsillo, pagar por el billete, intentar llegar al final zarandeandonos de izquierda a derecha, producto del hecho de convertir en una sola persona en conductor, cobrador y piloto de rallys. Realizando todas las acciones a la vez, daban el cambio al tiempo que negociaba sin regateos una curva emulando a Ayrton Senna.

Durante el corto trayecto en el autobús recapitulé mentalmente todo lo que había hecho posible este esperado "Viaje de fin de curso," éste merecido desplazamiento veraniego, fruto de un largo año de venta ambulante de lotería, papeletas de sorteos y demás chucherías producto del maquinador cerebro que idea lo que sea con tal de viajar de " gorra."

Lo cierto es que, inexplicablemente, conseguimos unos beneficios lo suficientemente cuantiosos para poder viajar como señores en clase turista de tercera, no gracias a nuestra habilidad de vender, sino más bien a la resignación de nuestros sufridos parientes y amigos para rascarse el bolsillo, por lo que nos sentíamos obligados a compensarlos con algún souvenir ibicenco por su increíble fe a números de lotería intocables.

Llegamos al aeropuerto minutos antes de la hora prevista, por lo que el vaticinio de Alfonso se había cumplido, tranquilizándome momentáneamente hasta que un ensordecedor ruido nos estremeció, se trataba del despegue de un reactor, que pareció no inmutar en absoluto al personal de IBERIA, a diferencia de nosotros que denotábamos magna pardillez en temas relacionados con vuelos y menesteres aeronáuticos.

Deduje que tal vez su sistema auditivo estaba acostumbrado ó más bien se habrían procurado reglamentarios tapones para evitar la sordera y que favorecerían para eludir las continuas reclamaciones de insatisfechos pasajeros.

Decidimos ir a la terraza, punto de encuentro establecido por nuestra profesora, e intentar localizar al resto del grupo. Mientras subíamos las escaleras que unían el vestíbulo con el exterior, una copiosa avalancha de copistas turistas nipones bajaban con gran albedrío y entusiasmo. Ante nuestro asombro, la primera impresión tras ser arrollados por tantos y tan diminutos seres, fue que se trataba de un ataque masivo con alevosía y sorpresa de súbditos del país del Sol Naciente, algo parecido a lo de Pearl Harbor pero en Manises (acaso confundirían su kamikaze objetivo con el cuerpo de Marines).

A duras penas recuperábamos el equilibrio asiéndonos a las barandillas de las paredes, abandonábamos tan maquia-bélico y absurdo pensamiento, quizá motivado por tantas películas yanquis sobre el llamado "terror amarillo", sobre todo al fijaros más detenidamente en su peculiar atuendo guerrillero, en lugar de fusiles de asalto colgaban del cuello una ingente cantidad de artilugios fotográficos con los cuales enmarcar y perpetrar en sus casas de tabiques de papel de arroz nuestra soleada y cálida Valencia, víctima paciente de los objetivos de sus complejas y miniaturizadas máquinas réflex, sentados en algún merendero próximo al Saler degustando una paella digna del emperador

Hiro-ito.

De nuevo y en esta vez sin soltar el pasamanos, con extrema precaución y pegados a las paredes como lagartijas, subimos los escasos diez peldaños para llegar a la terraza, pese la barrera humana enviada del Japón, exclamamos al unísono en tono victorioso:

--- ¡Hola!, ¡Uffh..! .... ¡ Llegamos !.

Nuestro eufórico saludo fue cortésmente replicado por la única persona presente en ese momento, Amparo, que hasta hace escasos días era nuestra profesora, la cual derrochó en más de una ocasión esfuerzos fuera del horario escolar, y llegó a ser el cerebro organizador del insular viaje, gracias a ella teníamos la oportunidad de abandonar la península y visitar las islas mediterráneas vecinas.

Amparo lucía unas deportivas, vaqueros e inmaculada blusa blanca de manga corta, sus habituales gafas de concha marrones y como remate de abalorios un curioso collar dorado confeccionado con diminutas monedas, un atuendo algo más informal del que nos tenía acostumbrado al impartirnos las clases de literatura.

--- ¿No ha llegado nadie más?. - Pregunté asombrado.

--- No, Sois los primeros en llegar, creo que me equivoque al deciros la hora y ....¡YYYAAAAAHHH!.... Un ensordecedor grito interrumpió la explicación, el berrido era familiar para nosotros, pero no para el personal de Iberia que esta vez si reaccionó con asombro inaudito, de forma muy distinta a los despegues de los jets.

-- ¡AAAHAhhhaahahah!.. seguía escuchándose a lo lejos.

--- ¡YYYYYAAAaaaahh..... ! se escucho nuevamente, pero más cerca ésta vez, al tiempo que un curioso nutrido grupo de turistas extranjeros se volvieron con suma rapidez intrigados por ver al elemento

que pudo producir con sus cuerdas vocales tan espectacular manifestación de alegría, formando corro alrededor del mismo.

Se trataba de Clemente. Nosotros estábamos un tanto acostumbrados a sus reacciones y tan solo esbozamos un poco avergonzados, una tenue sonrisa, Amparo hizo una mueca quebrando sus labios, como si empezase el arrepentimiento por la responsabilidad adulta que había asumido y palideciendo su rostro mucho más que su blusa por lo que posiblemente le venia encima.

--- ¡AAAaaahhah!... ¡Que ganas tenía de venir!. ¡Que bien!... ¡Ya estoy aquí ....! ¡Que nervios! ....

Las exclamaciones debidas a tan feliz encuentro paulatinamente fueron perdiendo fuerza al tiempo que calmábamos a nuestro excitado compañero.

--- Clemente, hombre... ¡serénate! - dijo Amparo, con necesaria voz autoritaria.

---- Uhy, tenía tantas ganas de venir, no he dormido, que nervios tengo...

--- Bueno, ya has llegado, tranquilo,--- dije yo.

Nuestro escandalero amigo, al igual que Alfonso aparentaba una edad mayor, tenía una faz redondeada, ojos grandes y saltones, era nervioso e impulsivo como se ha demostrado en su entrada en la terraza y en ocasiones de aparente carácter débil, por lo que algunos individuos de la escuela la tuvieran tomada con él, pero en ocasiones de fuerte personalidad y muy querido por todo el grupo.

El elemento nos agarraba con fuerza por el antebrazo, como era su costumbre, exclamó asustado y nervioso una retaila de preguntas: ¿Cómo que no hay nadie más?, ¿Qué pasa Amparo ?. ¿No hay viaje,

han cancelado el vuelo?., ¿Acaso hay niebla?, ¿Han secuestrado el avión unos integristas polinesios?....

Nuestra ex-profesora, sin contestarle, continuó con la explicación interrumpida por su apoteósica llegada:

--- Propuse reunirnos a las once sabiendo que la hora de embarque en el avión eran las doce treinta, y a vosotros me equivoqué y os dije a las diez, por lo que aún es muy pronto para que llegue la gente,- dijo con un tono muy cauto y excesivamente previsor Amparo.

Alrededor de las doce la terraza estaba sembrada por una variopinta colección de maletas que uno a uno fue depositando en el suelo hasta prácticamente completar el grupo, en total una veintena; observamos que otros pasajeros con los que compartíamos el vuelo, estaban llegando. Realizado el recuento por la oradora, nos damos cuenta que falta uno del grupo, alguien dice:

--- ¿Y Casto?. ¿No ha llegado todavía?.

Ha tenido "ligeros" problemas familiares y no vendrá, en su lugar viene esta amiga, que se llama María.

Una vez hechas las presentaciones y la lógica alegría del personal masculino por tan repentino cambio, Amparo nos instó a facturar el equipaje y localizar rápidamente la puerta de embarque.

Con gran alivio deposité mi maleta en la cinta de facturación y sentí una gran independencia de la pesada valija, notando como mi brazo derecho recuperaba su longitud normal.

Momentos después pisábamos el cálido asfalto del aeropuerto y mientras nos acercábamos al aparato escudriñamos sospechosas

manchas, parecían de aceite sangrando de los tornillos del fuselaje bajo la cola, con lo que irresistiblemente venían a nuestras cabezas las nefastas escenas de las últimas películas de las anuales Aeropuerto mil novecientos y algo.

En la cima de las escalerillas la perfecta sonrisa de la azafata y sus no menos perfectas y esbeltas extremidades inferiores hizo que al personal masculino taponara en exceso el acceso al avión y que nuestros infundados temores cambiaran a otros pensamientos mas vigorizantes al visualizar con detenimiento a tan escultural dama.

Al término de una singular batalla campal por el honor de ocupación de las plazas con mejores vistas, Amparo en una necesaria demostración de autoridad nos colocó en los asientos según figuraban en las tarjetas de embarque; pues era difícil que todos tuviéramos un lugar junto a la ventanilla. Una vez sentados, compungidos los cercanos al pasillo central y felices los suertudos de las ventanillas, esperábamos ansiosos el despegue.

Ante nuestro asombro, la azafata se dispuso en el centro de nuestras miradas, secuenciando con gráciles movimientos, primeramente con los brazos adelante, después ambos a los lados, luego detrás.... pensé que se trataba de seleccionados ejercicios aeróbicos, los cuales le daban tan increíble aspecto físico, pero una vez se puso un chaleco naranja, soplo por unos tubitos y saco una máscara de aire del techo del fuselaje, volvieron a nuestras mentes esas catastróficas películas, máxime cuando en la pista el avión adquiría velocidad, la espalda se pegaba al asiento por la brutal aceleración, el reactor rugía, y se notaba una sensación de vacío, cuando por fin ...¡Despegamos!